

ANTONIO OROZCO

INEVITABLEMENTE YO



A veces
hay que romper
con todo
para volver
a empezar

 Planeta

Con la colaboración
de Juan Carlos Cebrián

INEVITABLEMENTE YO

A veces hay que romper con todo
para volver a empezar

ANTONIO OROZCO

Con la colaboración de
Juan Carlos Cebrián

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Antonio José Orozco Ferrón, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2025
Depósito legal: B. 15.019-2025
ISBN: 978-84-08-30897-3
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

1. Un nuevo comienzo	11
2. Vivir al filo	17
3. El principio de todo	25
4. No vale la pena seguir	35
5. El día en el que (por fin) preferí saber	43
6. Mi nuevo proyecto soy yo.	49
7. El Método Orozco	55
8. Entender lo que necesito	63
9. Un espacio en blanco	69
10. Perder el hilo y reencontrarme.	77
11. Ser padre, un acto de fe y humildad.	89
12. ¿Por qué te escondes?.	95
13. Un mensaje sanador desde Nepal	105
14. El cielo estaba dorado	111
15. Desde mi primera canción hasta hoy	123
16. Lo que piensen de ti.	133
17. Grandes historias	141
18. Y el tiempo empieza a tener sentido.	149
<i>Bonus Track. Escuchar a los demás (cuando toca hacerlo)</i>	159

1

UN NUEVO COMIENZO

Hoy, como tantas otras veces, intento poner palabras a lo que llevo dentro, a esta ansiedad que me acompaña desde hace meses. Respiro hondo. El frío me envuelve. Estoy en la Cerdanya, al norte de Catalunya y muy cerca de la frontera con Francia, un lugar en el que me siento bien. Puigcerdà es especial para mí. Aquí el tiempo avanza de otra manera. La calma del paisaje, las montañas que me rodean, el aire limpio que respiro... Todo me recuerda lo importante que es detenerse, mirar alrededor y, simplemente, estar. Simplemente, ser.

Aquí me olvido del hacer y del tener, aunque se me hace difícil parar y dejar de hacer. Escribir, cantar, trabajar, responder, hacer, hacer y hacer. Cuando vengo a Puigcerdà, aunque paradójicamente venga con la idea de ser productivo, conecto con mi ser. Vine aquí para componer un nuevo disco, y también para algo más: hace un año que me propuse escribir un libro.

Confieso que la idea no es nueva, pero, por primera vez, me atrevo a darle forma. Siempre he sentido

que la música me ha servido para contar historias, para transmitir emociones. Pero esta vez no me basta con las canciones. Hay demasiado que quiero decir, demasiado que necesito entender. Y escribir un libro es la única forma de hacerlo.

Escucho «¡Vamos con las claquetas!». Varias personas de la productora están grabando el documental que ya se habrá emitido cuando estos textos salgan a la luz. Todos me escuchan y me miran mientras me sincero. No me molesta ni me incomoda. Hace tiempo que estoy acostumbrado a las cámaras, aunque esta vez es distinto. Porque ahora están documentando precisamente el proceso más íntimo y difícil de mi vida.



Decido escribir en presente estas primeras páginas. Porque en el pasado me perdí en mis propios recuerdos y pensar en el futuro me empuja a la incertidumbre. Quiero contar mi historia desde el *ahora*, sin perderme en lo que fue o lo que será. Aferrarme al presente es mi manera de mantenerme conectado, de hacer que cada palabra cobre vida en el momento exacto en que la escribo.

No quiero que esto sea solo un relato de lo que sucedió, de cómo ha sido mi vida; quiero que quien lo lea pueda sentir lo que siento, que camine conmigo por cada duda, por cada pensamiento, por cada instante que me ha traído hasta aquí.

A veces digo que soy una persona normal, pero cuando reflexiono acerca de ello, me doy cuenta de que no lo soy. En absoluto. No soy una persona normal ni llevo una vida normal.

El equipo de la productora sigue grabando. Me posiciono en el plano adecuado y espero sus instrucciones. Una pregunta, una respuesta, una conversación. Así es como comienza todo. Una historia que aún no sé cómo plasmar, pero que de una forma u otra necesito compartir. Porque soy consciente de que hay muchas personas que, como yo, sienten que están atrapadas en una vida que, a veces, no comprenden.

No quiero escribir un libro de autoayuda. Solo un libro para compartir mi experiencia, en la que quizá algunas personas se vean reflejadas. Un libro para todos los que me quieren. Y para que sepan qué sucede en mi día a día.

Esto no es una biografía. Solo un relato honesto sobre cómo en un año ha cambiado y mejorado radicalmente mi vida. Es algo que quiero compartir también contigo, para que sepas por qué, cómo y para qué. Voy a centrarme en el final del año 2023, en el 2024 y en lo que pueda escribir de este 2025. Porque en solo unos meses mi vida ha mejorado y quiero que lo sepas.

Por qué, cómo y para qué

Otras muchas veces había venido aquí, a Puigcerdà, buscando refugio entre giras, intentando encontrarme a mí mismo entre conciertos y otros compromisos profesionales. Pero esta vez es diferente. Esta vez no vengo a escapar, vengo a enfrentarme a todo lo que he estado evitando.

Cuando camino por aquí, siento que mi mente se despeja. Las casas con tejados nevados, el sonido del viento golpeando suavemente los árboles, la quietud

del lago en invierno. Los que no hayáis venido, debéis hacerlo al menos una vez en la vida. Es un sitio perfecto para encontrarse con uno mismo. Aquí todo parece estar en su sitio, en armonía. No hay ruido externo que me obligue a ponerme una máscara, a responder lo que se espera de mí. Aquí solo soy yo, con mis pensamientos, con mi verdad. Aquí salgo a la calle sin pensar en qué dirán, sin pensar en si estoy presentable a ojos de los demás o si, quizá, me van a sacar una mala foto.

Me pregunto si realmente estoy listo para contar todo lo que he callado durante años. La respuesta no es sencilla. Pero decido que sí, que ha llegado la hora.

Escribir en presente me obliga a vivir en el ahora. Me obliga a recordar sin adornos, sin anestesia. Me permite enfrentarme a la realidad sin excusas. Este libro es un ejercicio de honestidad conmigo mismo. Porque la música me ha permitido contar historias de manera poética, pero aquí no habrá acordes que suavicen las palabras. Será solo la verdad, tal y como la vivo en este instante.

El frío de diciembre cala mis huesos, pero me reconforta. Aquí el invierno es distinto, más auténtico. En las noches despejadas, el cielo parece infinito, plagado de estrellas que me hacen sentir pequeño, y, sin embargo, más consciente de mi lugar en el mundo. Me gusta el silencio de Puigcerdà, un silencio que no es vacío, sino una pausa que me permite escucharme.

Pienso en cómo he llegado hasta aquí. Recuerdo los aeropuertos, los hoteles, las luces del escenario, miles de hombres y mujeres cantando mis canciones. A lo largo de estos años, he tenido la suerte de contar con personas que me han acompañado con cariño, paciencia y lealtad, incluso durante momentos difíciles. Sin embargo, ahora que reflexiono sobre ello, reconozco que no siempre he

sido capaz de escucharlas como merecían. Estaba demasiado absorto en una inercia que me impedía detenerme y preguntarme con sinceridad si todo esto me hacía feliz. O si era tan solo parte de una vorágine que nunca cuestioné.

Mientras camino, pienso en lo que significa *parar*. En una industria en la que el ritmo es frenético, detenerse se percibe como un acto de rebeldía. Me ha costado entenderlo, pero detenerse no significa fracasar, significa escuchar lo que el cuerpo y la mente llevan tiempo intentando decir. Y eso es lo que estoy haciendo aquí, aprendiendo a escucharme, a aceptar mis límites y a encontrar nuevas formas de seguir adelante.

El documental tratará de este proceso que duró más de un año y que, en realidad, todavía no ha terminado. Este libro también. Es una manera de dejar constancia de este instante, de que la pausa es tan importante como el movimiento. A través de la cámara, veo reflejado el camino recorrido, las decisiones tomadas, los errores cometidos.

No es fácil verse con honestidad, pero es necesario.

Escribir es una forma de ordenar mis pensamientos, de darles voz. Quiero que quien lo lea pueda encontrar en mis palabras un reflejo de sus propias dudas y luchas. Porque, al final, todos buscamos lo mismo: entender quiénes somos y hacia dónde vamos.

Miro el reloj. Han pasado algunas horas desde que empecé este nuevo viaje, el de la palabra escrita, pero no me doy cuenta del tiempo. La escritura me envuelve, me atrapa en el presente. Y, por primera vez desde hace mucho, esto me hace sentir en paz.

Puigcerdà, 5 de diciembre de 2024

2

VIVIR AL FILO

En primer lugar, me gustaría ponerte en situación. Era el 21 de octubre de 2023 y me encontraba en Bruselas, antes de poner fin a una gira europea que todavía me llevaría a Dublín y Londres, tras haber pasado ya por París. Había terminado la actuación y, desde el escenario, todo parecía como siempre. Las luces, el público, los aplausos. Al acabar, la adrenalina lo cubre todo. Pero cuando me quedé a solas conmigo mismo, sentí que algo no estaba bien. Caminé por el *backstage*, intentando ordenar mis pensamientos. Era como si dentro de mi cabeza alguien hubiera apagado la luz.

No había claridad, no había dirección.

Esa noche me acompañaban parte de mi familia y mis amigos. Fuimos a celebrar el éxito que estábamos logrando en la gira. Me gusta estar con los míos en los momentos que se supone que deben ser buenos, y por eso estaban allí. Bebimos. Nos lo pasamos bien. Bailamos. Pero te confesaré algo: no estaba pasando por una buena época, emocionalmente hablando. Estaba inmerso en una gira internacional que me estaba dan-

do muchísimo, pero que apenas podía disfrutar. No tenía fuerzas. En el viaje de vuelta, cuando llegamos al aeropuerto de Bruselas, nos tiramos en el suelo. Nos hicimos una foto en la que aparezco con mis primos, mis amigos, el equipo. Caímos al suelo desplomados, exhaustos. La miro ahora y me doy cuenta de que aquella imagen fue premonitoria. Entonces no lo sabía del todo, pero algo en mí debió de intuir lo que vendría después. Subí la fotografía a mis redes a modo de punto final. Con aquella imagen, me estaba despidiendo de la gira sin ser realmente consciente de que me estaba despidiendo de mucho más.

Cuando aterricé en Barcelona, todo estaba en pausa. Al bajar del avión, lentamente, noté un calor intenso que contrastaba con el frío que llevaba dentro. Me sorprendió la temperatura de la ciudad en noviembre. Sería algo agradable para cualquier otro pasajero, pero no para mí. Ese contraste me mostraba que algo serio estaba ocurriendo. Nadie lo sabía aún, pero mi cuerpo había tomado una decisión antes que yo, algo que no podría ignorar por mucho más tiempo.

Llegué a casa y me metí en la cama con casi cuarenta grados de fiebre. Sabía que eso era más que un resfriado: era el cuerpo gritando lo que yo no quería escuchar. No me levanté en todo el día porque me dolía todo, como si hubiera corrido un maratón. No hacía nada más que estar tumbado. Pero veinticuatro horas después de mi llegada, comencé a ser consciente de que el día en el que se anunciaría mi gira de teatros estaba muy cerca. Serían 111 funciones, 111 compromisos firmados, 111 noches sobre el escenario. En la cama, sudando, sentí un miedo que traté de reconocer. Entonces, miré el calendario.

Si todo se cumplía tal y como estaba previsto, en unos meses debía estar de vuelta, con fuerzas renovadas. Pero lo único que sentía era que no podía. No podía seguir. No así.

Al día siguiente, el 13 de noviembre, acudí a la oficina de la promotora Clipper's. Tenía una cita con mi manager, Juli Guiu. Entré lentamente en su despacho, me senté y lo miré a los ojos. Desde hacía tiempo, él era mucho más que un manager. Era mi amigo, mi familia. Tras el saludo, permanecí frente a él en silencio durante unos segundos eternos. Intenté encontrar las palabras adecuadas para expresar el miedo, la frustración y la certeza que había estado evitando durante meses, quizá años, y que en los últimos días había aflorado de una forma nueva.

—Juli, no puedo. No voy a hacer la gira.

Me miró sin decir nada. Era la primera vez en veinticuatro años de carrera que decía que no. No hubo gritos. No hubo discusiones. Solo pausa. Un silencio que lo decía todo.

Y entonces, Juli me miró a los ojos y asintió.

—En realidad, te iba a decir lo mismo.

Respiré. Por primera vez en semanas, respiré de verdad.

—Pero ¿estás seguro? Si cancelamos, no hay vuelta atrás.

—Sí... Lo estoy.



Tengo hijos, tengo familia, tengo responsabilidades que no puedo eludir, como todo el mundo, y mucho miedo de que algo no esté bien. Un miedo profundo, insistente. Un miedo que me ha perseguido en todos y

cada uno de los momentos de mi vida. En esta situación, ese miedo volvió a aparecer con fuerza. Aunque esta vez sabía que podía ser diferente. Estaba convencido de que necesitaba dar ese paso, a pesar de las consecuencias. Sentía una extraña sensación de alivio y de frustración, de temor por convertirme en una gran decepción.

Cancelar 111 funciones no es simplemente anular conciertos, sino que significa impactar en muchas familias cuyo sustento depende del trabajo que hacemos juntos. Técnicos, músicos, asistentes, administrativos... Pensar en ellos suele generarme una presión añadida que, aunque nadie me impone, vivo con intensidad. Aun así, sé que soy un privilegiado: podía permitirme parar para recuperarme, tomar decisiones difíciles sobre mi tiempo y planificar una vuelta más saludable. ¿Acaso no se trataba de eso?

Sin embargo, en aquel instante, en el despacho de Juli, sentí el peso de las vidas afectadas por una decisión de ese calibre. No dejaba de pensar en la responsabilidad inmensa que conllevaba mi elección. ¿Podían ellos permitirse parar? ¿Cómo le iba a explicar a mi equipo que no contaran con la gira de teatros ese año? Mi cabeza bullía. No se trataba de una decisión caprichosa, aunque pudiera parecerlo.

Hay un punto en el que todo se puede confundir. Los que nos dedicamos a esto de la música, a esto del arte, vivimos siempre al filo. Al filo del éxito y los aplausos y al filo del más absoluto de los desastres. Quizá es injusto generalizar cuando digo «músicos y artistas». Quizá debería decir que quien vive al filo soy yo. Lo siento, compañeros, a veces hablo por todos pensando que todos somos iguales, cuando no es así.

Estoy orgulloso de mi carrera, aunque ha sido un camino lleno de presión y trabajo constante. Nunca tuve un gran pelotazo que lo cambiara todo de la noche a la mañana; siempre he debido mantener un esfuerzo continuo, con tensión y muchas exigencias. Así lo he vivido. Por eso, cuando pensé que debía cancelar esa gira de 2024, solo plantearlo me dio vértigo y ganas de vomitar.

Cuando Juli me miró y me apoyó en aquella decisión, sentí un alivio enorme.

—Este *stop* tan bestia es un *stop and go*. Y ese *go* es de madurez, Antonio —me dijo para allanar el camino.

Al escucharlo, entendí que tenía razón; parar no era rendirme, era comenzar siendo consecuente con uno mismo. A veces, uno ya no es consciente de su propio estado y es en los ojos de los demás donde se ve la verdad con mayor claridad. Hoy me siento orgulloso de haber tomado esa decisión porque fue el punto de partida de muchos cambios positivos que te contaré a lo largo de estas páginas. Espero que sigas conmigo hasta el final.

Aquel día, después de hablar con Juli, debía comunicar la noticia a más personas. Lo primero que hice fue reunirme con los músicos y el equipo técnico. Les dije que todo lo planeado para el siguiente año no se podría llevar a cabo por cuestiones de salud. En ese momento, lejos de la preocupación con la que encaré aquellos encuentros, me di cuenta de que estaba rodeado de gente que realmente me quiere. Con la mayoría de ellos llevo más de veinte años compartiendo escenario y ellos también veían que era necesario que parase.

Mi entorno supo leer aquellas señales antes que yo.

Cuando vives con ansiedad extrema, buscas maneras de silenciarla. Una pastilla para dormir, otra para la ansiedad, un trago de ron antes del concierto para brindar con el equipo. Todo son sucedáneos que te alejan de la realidad. Pero la realidad siempre está ahí, esperando a que te enfrentes a ella.

Tuve la suerte de que la gente a mi alrededor no me presionara, de que no intentaran hacerme cambiar de opinión. Pudo haber sido diferente. Podrían haberme dicho que los compromisos estaban firmados y que debía cumplirlos. Que era mi deber. Pero si hubiera seguido forzando la máquina, quizá no solo habría sido el fin de mi carrera, sino también de mi vida. Porque detrás de esa decisión se acumulaban otras muchas cosas.

Tantas cosas...

Sé que cada persona tiene sus propias circunstancias y responsabilidades difíciles de evitar. Pero cuando llega el momento de parar, hay que hacerlo. Y lo más importante es ser consciente de lo que te esté pasando. Hay señales. Siempre las hay. Y si sientes que algo se escapa de tu control, es crucial acudir a especialistas que puedan ayudarte. No hay que inventarse ni creer que lo sabemos todo. Hay que preguntar a quien sabe cómo se puede salir adelante.

Afortunadamente, hoy sé que casi todo en la vida tiene arreglo.

A pesar de estar atravesando uno de los momentos emocionales más difíciles de mi vida, aquel mes todavía tenía un último compromiso que debía cumplir: el concierto del cierre de los Latin Grammy en Sevilla, que se iba a celebrar a mediados de noviem-

bre. Recuerdo que asistí con una carga emocional tan fuerte que me sentía al borde del colapso, cargando con preguntas sin respuestas nada claras y con una tristeza profunda, difícil de ocultar. Reconozco que aquella noche actué en automático, dando lo mejor de mí a pesar de sentir que cada acorde, cada palabra y cada aplauso acentuaban más mi crisis interna. Uno de mis músicos, Pedro Javier Hermosilla, sí lo recuerda con lucidez: «No habíamos parado de girar en muchos años, incluso cuando hubo momentos muy dolorosos que nos invitaban a haber parado antes. Aquel día, llegamos al concierto en Sevilla con una herida que, sin tomarnos un respiro, habría sido casi imposible curar con éxito».

Y eso es lo que debía hacer: curar mis heridas.

Después de la gira internacional, yo estaba física y emocionalmente agotado. Bruselas fue el momento en el que mi cuerpo y mi mente dijeron «basta», pero este relato estaría incompleto si no te contase nada sobre el verano de 2023, cuando ya se habían dado muestras, muy evidentes, de que algo no iba bien.

A lo largo de estas páginas, quiero ser transparente y honesto, que sepas cómo he vivido esta etapa de mi vida. Por eso, no solo te contaré qué me pasó aquel verano, sino que te haré algunas confesiones que, todavía hoy, siguen doliendo.